

ñor duque de Basano las instrucciones, que las respuestas de Neumarckt y las órdenes de V. M. no le han permitido darme antes: tan distintas son de los ajustes á que parecia asentir V. M. al determinar á aceptar esta mision, que no vacilaria en renunciar otra vez al honor de ser su plenipotenciario, si, despues de perdido tanto tiempo, no se contaran en Praga las horas, mientras V. M. está en Maguncia, y todavia estoy yo en Dresde. Cualquiera que sea, pues, mi repugnancia á negociaciones tan ilusorias, me penetro ante todo de mis deberes, y obedezco. Mañana estaré en camino, y pasado mañana en Praga, segun se me ordena; pero permitidme, señor, que las reflexiones de vuestro fiel servidor tengan aqui nueva cabida. Tan nebuloso se presenta el horizonte político de un dia á otro, tan grave es el aspecto de todo, que no puedo resistir al deseo de suplicar nuevamente á que, antes del término fatal, adopte una resolución favorable, segun me lo hace esperar su ministro. Ojalá se convenza V. M. de que el tiempo apremia, de que la irritacion de los alemanes es extremada, y de que la exasperacion de los espíritus, mas que el miedo de los gabinetes, comunica un movimiento acelerado é irresistible á los sucesos. Austria está ya muy comprometida para que retroceda, si la paz del continente no la tranquiliza. V. M. sabe de seguro que en mi súplica no abogo por la causa de esta potencia; que no pido que se la galardone por su abandono en nuestros reveses; que no quiero apartar sus ciento cincuenta mil bayonetas del campo de batalla, aun cuando esta consideracion merezca no ser desatendida; lo que ruego á V. M. que evite á toda costa es el levan-

tamiento de Alemania, á la cual podria guiar el antiguo ascendiente de la corte de Viena. Cuantos sacrificios hagais con este objeto y por consiguiente sin demora á una paz inmediata, os harán, señor, mas poderoso que os han hecho vuestras victorias, y sereis el idolo de los pueblos, etc.»

Por desgracia no debia ser de ningun provecho este lenguaje de un hombre honrado, que al ver una gran parte del mal no lo veia del todo, pues no ciento cincuenta mil austriacos, sino trescientos mil eran los que se trataba de traerse encima, y se trataba de arrostrar, no el levantamiento de Alemania, sino el de toda Europa. Sin embargo, no renunciando á intentar el bien, por débil que fuera la esperanza de realizarlo, marchó el duque de Vicencio á Praga, donde se le aguardaba con impaciencia. Digna de su persona fué la acogida que alli se le hizo y de la reputacion que se habia ganado en Europa. Al saber su partida de Dresde suspendieronse todas las pláticas hasta su llegada. Despues de ponerse en comunicacion con los plenipotenciarios prusiano, ruso y austriaco, volvió con Mr. de Metternich al viejo tema de que ya Mr. de Narbonne habia hecho uso algunos dias, sobre no ser posible entregar los poderes ni someter las materias que se habian de discutir sino á una comun asamblea, delante y bajo la presidencia del mediador, bien que en conferencia de todos con todos. Esta dificultad sería á no dudarlo, si aun se abrigase la esperanza de una avenencia directa con Rusia, no debia merecer tanta insistencia por nuestra parte, no pudiéndose ya hacer la paz sino por Austria y á su gusto. Hasta nos era mas cómodo tener al mediador por órgano principal que abo-

caros con dos plenipotenciarios mal dispuestos y poco solícitos en facilitar una paz, deseada solo por Austria. Lo patentizaba el deseo evidente de Mr. de Metternich de atraer á Mr. de Humboldt y á Mr. de Anstett á una concesion acerca de esta cuestion de forma, para hacer al menos posible la apertura del congreso. Cuando él mismo queria un abocamiento directo de los plenipotenciarios franceses con los plenipotenciarios prusiano y ruso, bien se descubre que ya no abrigaba temor alguno. Por lo demás, hablando ingenuamente con Mr. de Caulaincourt, al modo que con Mr. de Narbonne, le demostró la inutilidad de discutir á la larga sobre las formas seguidas en Munster, en Tetschen, en Sistow, puesto que los dos plenipotenciarios tenian empeñado el amor propio y el interés en la via donde habian entrado; el amor propio, á causa de haber ya entregado sus poderes al mediador; el interés, á causa de no querer que se les acusara de pactar secretamente con la diplomacia francesa, y de que tratar por medio de notas entregadas al mediador era el único medio que no se prestaba á falsas interpretaciones. Por estos motivos no consentirian en ceder, segun dijo, y tambien porque no anhelaban tanto la paz que acallasen por conseguirla su interés y su amor propio, y que por consiguiente serian inútiles cuantas discusiones se tuvieran con ellos; que á mayor abundamiento veia á las claras que Napoleon no tenia el deseo mas leve de llegar á un resultado; que, mientras se empeñara en batallar sobre terreno semejante, habia que inferir su aversion á dar hacia la paz un solo paso; que así era ocioso agitar-se por obtener sobre cuestiones de forma concesio-

nes, que á nada conducirian relativamente para lo sustancial de las cosas; que era necesario esperar y esperar hasta la última hora, porque con un carácter tan extraordinario como el de Napoleon todo era posible; que podria muy bien suceder que el último dia y en el postrer momento enviara de improviso órdenes para tratar sobre bases aceptables, y brotar de súbito la paz de una situacion actualmente desesperada, que bajo este supuesto, poco verosímil sin duda, si bien admisible, aguardaria hasta el 10 de agosto á media noche; que renovaba la seguridad formal de que hasta entonces no se comprometeria con nadie, pero que el 10 de agosto á media noche estaria irrevocablemente con nuestros enemigos; que en nombre de su soberano firmaria un tratado de alianza con las potencias coaligadas, y figuraria entre el número de nuestros adversarios mas resueltos á vencer ó á morir.

Mr. de Metternich repitió estas cosas, que ya habia dicho á Mr. de Narbonne, con un tono tan reposado al par que tan firme, con testimonios tan afectuosos para Mr. de Caulaincourt y con una sinceridad tan manifiesta (pues no hay que imaginar como el vulgo que un diplomático miente por necesidad) que Mr. de Caulaincourt no podia resistir á evidencia tanta. Así con su veracidad característica escribió al punto á Mr. de Basano á quien temia poco, y á Napoleon á quien temia mucho, para enterarles una vez mas de la situacion verdadera, y de cuán grande y aun cierto era el peligro de una próxima adhesion del Austria á la coalicion, lo cual hacia completa y definitiva la union de Europa contra nosotros; situacion peligrosa, pero sostenible en 1792, cuando nos estrenabamos

en la carrera de las revoluciones, cuando estábamos llenos de pasión y de esperanza, cuando éramos injustamente atacados y no duramente oprimidos; situación al revés desastrosa, cuando estábamos agotados de fuerzas, cuando estábamos en falta contra todo el mundo, cuando todo el mundo sentía contra nosotros la indignación que constituyó en 1792 nuestro empuje. Tan vivo y tan sincero era el convencimiento de Mr. de Caulaincourt sobre este punto que, conociendo la ambición de Mr. de Basano, queriendo apelar á esta ambición en auxilio de la honradez muy efectiva de este ministro, y suponiendo que acaso sería sensible al honor de firmar en persona la paz del mundo, le instaba á ir Praga, como revestido con la confianza del emperador, con todos sus poderes, sin necesidad de perder las últimas horas que aun quedaban para consultar lo que fuera de su agrado, y á ser objeto de un arrebato universal de reconocimiento llegando á celebrar una paz que iba á salvar á tantas víctimas y probablemente entre el número de ellas á la misma Francia.

Mr. de Basano, que era tan buen ciudadano como se lo permitía su completa sumisión á su soberano, sin duda cediera á tanta razón y á tanto patriotismo, si tuviera voluntad propia; pero, no reconociendo mas que una en el mundo, la de Napoleón, con la cual no disputaba mas que con la de Dios mismo, se contentó con satisfacer las vivas instancias de Mr. de Caulaincourt, concediéndole algunas facilidades para tratar la cuestión de forma, sin salir á pesar de todo de las latitudes que se le habían trazado. Así por ejemplo permitió á los dos negociadores franceses que entregaran una

copia certificada de sus poderes al mediador, para que éste la trasladara á los plenipotenciarios prusiano y ruso, de modo que esta primera comunicación se efectuara segun el método deseado por nuestros adversarios, si bien prosiguió exigiendo que el cange definitivo de los poderes se verificara en una comun conferencia. En cuanto á la forma de la negociacion misma, se avino á que los plenipotenciarios prusiano y ruso procedieran por notas oficiales, pues lo querian así para poner su responsabilidad á cubierto, si bien á condición de que los plenipotenciarios franceses pudieran discutir estas notas en conferencias, donde se hallaran reunidas las partes contrarias.

Miserables eran estas sutilezas y muy indignas de una situación tan grave. Mr. de Basano escribió á Napoleón á Maguncia, que concedía estas latitudes á fin de que todas las cuestiones de forma estuviesen zanjadas á su vuelta á Dresde, y de que hallase las discusiones preliminares terminadas, por si le convenia entonces dar un giro sério á la negociacion en los cinco ó seis dias restantes (1).

(1) Por si á alguien se le hiciese cuesta arriba creer que se tratara de hacer tan ilusorias como decimos las negociaciones de Praga, insertamos el siguiente extracto de una carta de Mr. de Basano al emperador, fechada en Dresde el 4.º de agosto á las cuatro de la mañana.

«Trasmito á V. M. los despachos de sus plenipotenciarios.

»He creído que debía responderles sin aguardar las órdenes de V. M. Estamos á 4.º de agosto: mi carta no partirá hasta hoy por la mañana; los plenipotenciarios no la recibirán hasta mañana, y habrá transcurrido tiempo bastante, para que, segun las instrucciones que V. M. me ha dejado, se llegue al 10 de agosto sin empeñarnos

Napoleon se hallaba al presente en Maguncia adonde se habia encaminado, segun queda dicho, para pasar algunos dias al lado de la emperatriz y para ver de paso á las tropas que venian de marcha, los trabajos emprendidos, y en suma, todo lo que necesitaba de su presencia para ser perfeccionado ó llevado á remate. Habiendo partido en la noche del 24 al 25 de julio llegó el 26 por la tarde á Maguncia, donde le esperaban una brillante cór-

mucho. Me ha parecido que entraba menos en la intencion de V. M. el llevar tan lejos las discusiones sobre cuestiones de forma que pusieran de manifesto el proyecto de ganar tiempo, en razon de que naturalísimamente llegaríamos al instante de la vuelta de V. M. á Dresde, sin que la negociacion haya hecho progresos reales, ni esté comprometida ninguna de las cuestiones. Apenas estará encentada la del abastecimiento de las plazas.

»De las tres cuestiones suscitadas, la relativa al cange de los poderes y al sitio de las conferencias, se resolverán por sí mismas.

»Respecto del método que debe emplearse (desde esta palabra se halla escrita la minuta de puño y letra de monsieur de Basano) para negociar, he creido que no podíamos diferir durante muchos dias la respuesta, sin cargar sobre nosotros estos retardos, al par que de hecho, si Mr. de Metternich insiste en una proposicion que atenta contra todos los derechos y todos los usos, no se le podrán imputar mas que á él todos los obstaculos en que la negociacion tropiece.

»Aunque las declaraciones hechas á Mrs. de Vicencio y de Narbonne y á Mr. André no tengan quizá por objeto hacer su actitud de mediador mas imponente, en las miras de V. M. pudiera entrar que desde su llegada á este punto se diera un giro mas grave á las negociaciones, para que no osara el ministro austriaco romperlas. Bajo este supuesto he juzgado que convendria á V. M. hallar las discusiones preliminares casi terminadas.»

te, ida allí por comitiva de la emperatriz desde la capital de Francia, y muchos de sus agentes que fueron á recibir sus órdenes directas. Desconsolada encontró á la emperatriz y ocultando sus lágrimas al público, si bien no vacilando en derramarlas á presencia de su glorioso esposo, porque le tenia sincero cariño, temblaba por su vida y por su fortuna, temia por sí propia que la nueva declaracion de guerra del Austria despertara entre los franceses todos los odios populares bajo los cuales habia sucumbido la desgraciada Maria Antonieta: deseaba retener en la alianza francesa á su padre, á quien amaba y por quien era amada, pero ni podia vencer la tranquila inflexibilidad del emperador Francisco, ni menos el fogoso humor de Napoleon, y hacia lo que hacen las mugeres en su impotencia, se entregaba al llanto. Desconocido ha quedado el secreto de la entrevista de Napoleon con Maria Luisa (4), y quizá ha quedado desconocido á causa de ser nulo, pues Napoleon no queria cargar á la emperatriz con lo mas leve, tratándose los negocios en Praga de modo que no podia prestar allí ningun servicio. Verla anhelaba y consolarla y darla públicos testimonios de ternura, cosa que debia ser de buen efecto asi para Austria como para Europa: tambien, á impulsos de su habitual desconfianza, anhelaba penetrar si ella habria recibido de la corte de Viena alguna comunicacion clandestina que pudiera ilustrarle acerca de los designios de Aus-

(4) El principe Cambacères, confidente y director de la emperatriz regente, declara en sus Memorias tan sencillas como veridicas, que nada logró saber relativamente á este punto.

tria. Pero en todo caso resentianse de completamente inútiles tales esfuerzos, porque Austria habia dicho todo su secreto por boca de Mr. de Metternich, secreto limitado á significar en suma que, bajo ciertas condiciones enunciadas cien veces, detendría á Europa, la obligaría á deponer las armas, promovería la paz, y no solo continental, sino tambien marítima, y que fuera de estas condiciones, declarándose al punto nuestra enemiga, tomaría parte en la coalicion universal que se formaba contra nosotros. Por consiguiente nada tenia que averiguar Napoleon de María Luisa, pero proporcionó el placer de pasar algunos dias á su lado, y entreaño despachó sobre el terreno una porcion de asuntos civiles y militares. Con aquella prepotente mano de donde se podian escapar el bien y el mal de idéntico modo, dejó efectivamente que brotaran el mal y el bien con la acostumbrada prodigalidad de su genio. A Maguncia habia querido ir el duque de Rovigo para hacer en favor de la paz una nueva tentativa, ilustrando á Napoleon sobre el estado de la opinion pública y sobre el peligro que corria de enagenarse al cabo el afecto de Francia. Verdaderamente la opinion pública se hallaba en una ansiedad indecible, empezando á temer que, reunido tan tarde el congreso, no diese ningun resultado. Llenos estaban los enemigos de Napoleon de esperanza, y llena la mayoría del pais de pesadumbres y de siniestras aprensiones. Ya se habia desvanecido el afecto, se generaba el odio, é imponía silencio á la admiracion. En la baja Alemania y en Holanda, se gritaba *viva Orange!* en toda Alemania *viva Alejandro!* en Francia aun no se osaba gritar *vivan los Borbones!* pero su recuer-

do se despertaba poco á poco, y de mano en mano se trasmitía un manifiesto de Luis XVIII, publicado en Hartwell y que produjera efecto general sin duda, á no presentar numerosos vestigios de las preocupaciones de la emigracion. Todos estos pormenores se proponia comunicar el duque de Rovigo al soberano, á quien servia fielmente, pero no queriendo Napoleon ser molestado por lo que llamaba el vocerío de lo interior, negóse á recibirle y le mandó que no se moviese de Paris bajo pretexto de que su presencia era allí necesaria.

Usando de los procederes harto comunes á todo gobierno que se aferra en sus errores, y que en las manifestaciones de la opinion pública ve actos dignos de ser reprimidos y no lecciones acreedoras á ser meditadas, desplegó contra el clero varios rigores muy extraños por la osadía ostentada en la arbitrariedad. Naturalmente el clero no deperdiaba ocasion alguna de multiplicar sus demostraciones hostiles, en Bélgica sobre todo, y así provocaba las faltas del poder con las suyas. Puesto en cuestion el concordato de Fontainebleau con notable mala fé en la correspondencia secreta de los cardenales, se consideraba por todo el clero como un acto no consumado. Se obstinaba en no reconocer á los nuevos prelados que Napoleon habia nombrado y que siempre se negaba á instituir Pio VII á pesar de sus promesas. Para evitar escándalo se mantenian lejos de sus nuevas sillas los mas prudentes. Trasformado Mr. de Pradt en enemigo del Imperio desde su desairada embajada á Varsovia, y poco ganoso de atraerse disgustos por agradar al gobierno, se abstuvo de presentarse en Malinas, cuya mitra arzobispal se le habia dado. Pero, que-

riendo ir á sus diócesis los nuevos obispos de Tournay y Gante y oficiar públicamente en sus santas iglesias; provocaron una especie de sublevacion por parte del clero y los fieles. Al verles aparecer junto al ara, se huyeron los sacerdotes y los asistentes, y dejaron á los prelados delante del tabernáculo casi solos. En el desorden figuraron los seminaristas de Tournay y de Gante bajo la direccion de sus profesores. Entre los culpables se designaba tambien á una asociacion de señoras, que bajo el nombre de *Beguin* vivian como en comunidad en Gante, aunque no sujetas al rigor de la clausura, y se las acusaba de haber ejercido en esta ocasion una grande influencia sobre la conducta del clero.

Napoleon ordenó disolver á las *Beguin*, encerrar en las cárceles del Estado á algunos miembros de los cabildos de Tournay y de Gante, confinar á los demás á seminarios lejanos, proceder de igual modo relativamente á los profesores, y coger á todos los seminaristas que pasaran de diez y ocho años y enviarlos á un regimiento á Magdeburgo, con motivo de estar sujetos á la ley de la conscripcion, de la cual habian sido dispensados excepcionalmente para ser ministros del altar y no fautores de bullicios, gracia que debia cesar á arbitrio del soberano, cuando no los considerara dignos de ella. Al seno de sus familias se habian de enviar los que no llegaran á diez y ocho años. Habiéndose reunido personas piadosas para proporcionar sustitutos á los otros, Napoleon prohibió la sustitucion para este caso. Expresa recomendacion hizo á fin de que tuvieran cumplido y pronto efecto estas diversas prescripciones, y se ejecutaron puntualmente.

A cosa mas extraordinaria aventuróse Napoleon todavia, no admitiendo ya limites á su voluntad ni dentro ni fuera. Muchos años habia que la recaudacion de los derechos de puertas de Amberes se hallaba maleada por dilapidaciones en que se veian comprometidos diferentes empleados municipales. Notorias eran las dilapidaciones é hicieron perder á la ciudad de Amberes de dos á tres millones de francos. Con razon ó sin ella, los acusados sometidos á juicio eran considerados por el gobierno como verdaderos autores de estas concusiones; pero la opinion pública del pais mostrábase tan hostil al gobierno, que no vacilaba en declararse á favor de individuos, á quienes se condenara en otro tiempo cualquiera y á las claras, y en cubrirlos con cierta especie de indulgencias, como si en los hombres perseguidos por la autoridad imperial no pudiera haber mas que victimas interesantes. Arrastrados por este sentimiento, ó viciados por la corrupcion, segun pretendió el juez de derecho, los jurados absolvieron atrevidamente á los empleados municipales acusados, con aplausos de la provincia, y ya defraudada la ciudad de Amberes en tres millones, vióse expuesta además á pagar los cuantiosos gastos de la causa. Se comprende la indignacion de un gobierno regular apegadísimo á mantener en todos los ramos de la administracion el orden mas rigeroso. Pero por legítima que fuese la indignacion experimentada por Napoleon al ver impunes á hombres á quienes creia delincuentes, y condenada no mas que la ciudad de Amberes, ya victima de graves dilapidaciones, debiera admitir sin embargo que, siendo notorio el crimen perseguido, acaso no figuraban como sus perpetradores

los individuos acusados, y aun suponiéndolos tales, que la declaracion del jurado tenia que ser sagrada como cosa juzgada, juzgada bien ó mal, pero irrevocablemente. Al saber Napoleon este fallo sintió una cólera extremada, y devolviendo guerra por guerra, al modo que para contrariar á su gobierno se habia prescindido de toda legalidad y anular el veredicto del jurado. De índole propia á sublevar la opinion universal era este acto extraordinario y sin ejemplo; mas Napoleon no lo tuvo así en cuenta, y persistió en seguir adelante, imaginando que la sinceridad de su indignacion justificaria la extraña audacia de su acto; tan pronto se pervierten las ideas cuando se contrae la costumbre de sobreponer la voluntad propia á las leyes.

A pesar del dictamen del ministerio de Justicia, y especialmente de la consulta del archicanciller Cambacéres, quien consideraba que lo único posible era mudar la ley si era mala, y privar al jurado del conocimiento de esta clase de delitos si se le creia incompetente para juzgarlos, apoyándose en un artículo de las constituciones del Imperio, que facultaba al senado para anular los juicios atentatorios á la seguridad del Estado, quiso Napoleon que se formara un *senatus-consulta* para dar por nula la resolucion del jurado de Amberes, y someter á otro tribunal no solo á los acusados ya absueltos, sino tambien á algunos de los jurados á quienes se acusaba de haber cedido á la corrupcion en este negocio. No se podian acumular á la vez mas irregularidades, pues aun admitiendo que el artículo 55 de la constitucion de 16 de termidor, año X (4 de agosto de 1802) estuviera todavia vigente, no-

torio era que el juicio de que se trataba ahora no figuraba entre el número de los que se tuvieron á la vista al calificarlos de atentatorios á la seguridad del Estado, y sobre todo que, al arrogarse el derecho de anular la decision de un tribunal cualquiera, se habia querido derogarla, y no perseguir en manera alguna á los que la habian dictado. A Napoleon fueron sometidas estas objeciones, pero ningun caso hizo de ellas, y exigió que el *senatus-consulta* se redactara sin demora y se llevara al senado tal como lo habia concebido. Aun fué mas lejos: convencido en la ceguedad de su despotismo de que cuando un poder se propone un fin honesto no debe consentir que le embarace ninguna regla, firmó é hizo publicar una carta sellada, donde, iniciando personalmente en la cuestion al consejo privado é indicándole la providencia, echaba sobre sí la responsabilidad toda. El informe del consejero de Estado, á quien se encargó la presentacion del *senatus-consulta*, contenia esta frase, que expresa toda la opinion de Napoleon en punto á la soberanía, y que no se admitiera nunca, ni aun antes de 1789, en términos tan absolutos. — «Nuestra legislacion ordinaria no ofrece ningun medio de extinguir una decision semejante. Se necesita, pues, que intervenga la mano del soberano. El soberano es la ley suprema y siempre viva; y es propio de la soberanía encerrar en sí todos los poderes para asegurar el bien y para precaver ó reparar el mal.»

Arrogándose de esta suerte el derecho de proveer á todo, de distribuir la justicia, de cambiar en caso necesario cuando no le conviniera la existente, prodigaba con la misma mano soberana el bien que podia efectuar en su camino. Habiendo

administrado mal su fortuna el primer presidente del tribunal de casacion, Mr. Muraire, magistrado ilustre, vino a caer en una situacion muy triste para un empleado de su categoria. Su yerno, destinado á ser antes de mucho un sensato y animoso ministro de Luis XVIII, Mr. Decazes, dirigióse á Maguncia, para apelar á la beneficencia imperial, y Napoleon, que tenia á la sazón muy grandes razones para ser avaro de su dinero, le dijo.—¿Pues qué, Mr. Muraire se halla en tales apuros?.. Poco importa. ¿Cuánto os hace falta?—Dicho esto, examinó lo que se necesitaba para sacar á Mr. Muraire de su situacion, y le concedió algunos miles de francos de su tesoro particular, que entonces era el último recurso con que contaba para su ejército, segun se ha visto.

Napoleon aprovechóse de su residencia en Maguncia, para dedicar alguna atencion á su hacienda. Aun no habia producido grandes resultados la medida de la venta de los bienes municipales, adoptada y convertida en ley, por ser necesario proporeionar salida á los nuevos bonos de la caja de amortizacion antes de emitir sumas considerables de ellos. Efectivamente, si no se tomaba esta precaucion oportuna, se acumularian en la plaza y decaerian de precio muy pronto. Asi era necesario acelerar la enagenacion de los bienes municipales, única que podia proporcionar la salida deseada. Antes de que estos bienes fuesen vendidos, habia que escogerlos, y hacerlos admitir en la categoria de bienes enagenables, y tasarlos, y habia tambien que dar á las municipalidades el valor de ellos en rentas sobre el Estado, y que tomar posesion de los mismos á fin de sacarlos á pública su-

hasta. Por mucho que se apresurara esta série de operaciones administrativas exigia tiempo, y hasta su terminacion relativamente á cada parte de bienes no se podia empezar la venta. Emitidos los bonos antes de que fuesen buscados para darles este empleo, muy pronto flotaran sobre la plaza, y perderian del veinte al treinta por ciento, y originaran la caída de las acciones del Banco y de las rentas sobre el Estado, únicos valores que circulaban entonces, y arruinaran la especie de crédito muy restringido de que se gozaba, y de que habia necesidad, restringido como era y todo. Por cuenta de su tesoro tomó Napoleon cerca de setenta y dos millones de estos nuevos bonos, diez el Banco, setenta y tres la caja de servicio, lo cual sumaba un recurso de ciento cuarenta y cinco millones, realizado de antemano, y no traia consigo ninguna emision de bonos, porque los guardaron en sus carteras las tres cajas que los tomaron á su cargo. Pero esto no bastaba para los inmeasos gastos precisos, pues los pagos del tesoro en los seis primeros meses ya pasados excedieron á los ingresos habituales en mas de doscientos millones. No se atrevió monsieur Mollien á emplear los nuevos bonos de la caja de amortizacion en sus pagos, por temor de envilecerlos. Por de pronto solamente se emitieron algunos sobre la plaza, á fin de popularizarlos, y no perdieron mas que el cinco ó seis por ciento, ágio muy moderado, pero divulgarlos mas se resentia de difícil y peligroso. No se podian dar ni á los rentistas ni á los empleados por ser cantidades poco sueltas las devengadas por unos y por otros, y por no prestarse á ello el corte de estos bonos, y por evitar el clamoreo que los comparara á los asig-



nados. Menos se podían aplicar al pago del sueldo del ejército, que se satisfacía en el extranjero y en cantidades muy divididas. Sin embargo, Napoleón para esta clase de pago hizo uso en cierta proporción de billetes de la caja de servicio, pagaderos en París ó en los departamentos, que ofrecían á los oficiales con familia la ventaja de enviar dinero á Francia con seguridad y sin coste, y daban también al Tesoro la facilidad de cubrir sus atenciones con un papel de vencimiento bastante largo. Por combinaciones de esta clase pudo la caja de servicio tomar sola á su cargo sesenta y tres millones de los nuevos bonos, que debía guardar en su cartera. El único pago que con este nuevo valor pudo realizarse fué el de los grandes suministros hechos por los ricos empresarios que trabajaban para la guerra y para la marina. Teniendo estos que proseguir sus importantes negocios con el Estado, no debían mirar tan de cerca el método del pago, y además tan necesitados estaban de dinero, que preferían recibir un valor expuesto á perder del diez al quince por ciento á no recibir nada. Además había una especie de asentistas obligados, que vinieron á figurar como tales á pesar suyo, y eran los propietarios, arrendadores ó negociantes, á quienes por vía de requisición se habían tomado comestibles, ó caballos, ó telas, á condición de pagarles al contado. Tanto á los unos como á los otros se podían entregar los nuevos bonos de la caja, pues unos harían que fuesen descontados por los fuertes capitalistas, y otros los guardarían para comprar bienes municipales con ellos. Pero Mr. Mollien, siempre inclinado á los medios regulares, prefería hacer esperar á los asentistas y á los que por vía

de requisición tuvieron que facilitar objetos de cualquiera especie, lo cual podía cubrirse con el pretexto de las liquidaciones no terminadas, á emitir un papel expuesto á ser calificado de asignado tan luego como su introducción en el público pareciera mas ó menos forzada. Así los asentistas, acostumbrados á gritar á la puerta de las administraciones, empezaban á murmurar y á quejarse de la falta de pago y á alegarla como excusa de la falta de puntualidad en todos los servicios. Esto dió margen á la intervención personal de Napoleón, quien por entonces no prestaba oídos mas que á lo que se relacionaba con las necesidades de sus tropas.

Dirigiéndose á Mr. Mollien sostuvo que la pérdida del nueve ó diez por ciento sobre un valor semejante, con especialidad cuando debía mantener su curso un interés subido y puntualmente pagado, nada era en sí y no igualaba al inconveniente de hacer esperar á personas, que necesitaban ser atendidas en sus reclamaciones. Aquellos á quienes el metálico no fuera indispensable tendrían en la mano una manera de emplear ventajosamente los bonos, y aquellos que no pudieran pasar sin dinero contante, los realizarían al descuento, y el resultado siempre sería el mismo, limitado al inconveniente de hacer bajar del nueve al diez por ciento uno de los tres valores circulantes. Por ejemplo las rentas sobre el Estado, vistas á doce francos la víspera del 18 de brumario, á treinta al día siguiente, después de 1806 á noventa, y que se cotizaban á setenta al presente, no arrastrarían en suma consigo la ruina del Estado ni de los particulares de resultas de estas variaciones. La firmeza y el pago del interés consolaban á los tenedores de